

LAS MEMORIAS DE UNA JOVEN MODELNA

PUES venía la otra noche del cine con Teresa, en el Metro, cuando entró en el vagón el típico tocón de manos largas. Nos dimos cuenta enseñada, en cuanto corrió por todo el coche a una pobre cría de catorce años o así, que estaba toda colorada, cambiándose de barra cada dos minutos. «Ahí tenemos al guarreras de turno», me dijo Teresa, la tía, que tiene un ojo clínico. Total, que el menda, en cuanto que nos echó el ojo, con la cosa de la camiseta sin «suje» (que ya mi padre me dice todos los días que salgo echa una cerda, así, en plan suelto); bueno, pues el enano en cuestión se decidió a dar el cambiazto y abandonó a la cría para instalarse en nuestros traseros, mano en bolsillo y todo eso. Total, que si viene una curva, que si el traquetreo, que si me caigo, que si soño por aquí y por allá. Lo peor de estos tíos es que tienen tal cara que si les dices algo lo mismo te dan una torta, que ya se la dieron delante mío a María, hace un par de años, por un sobeteo semejante. Así es que Teresa y yo pasamos al plan de defensa, y al primer traquetreo, le echamos ambas manos al trasero, al tío, y nos dedicamos a retorcerles las nalgas con fruición, en pequeños pellizquitos, tipo monja, poniendo a todo esto cara de muy fulana; así, con la boca abierta, pasándonos la lengua por los labios y exclamando: «¡Oh, ahhh, hummm!», mirándole al menda muy a los ojos con expresión estrábica y vi-

ciosa a más no poder.

Total, que el tío al primer pellizco nos miró asombrado, al segundo se sacó la mano del pantalón y tosió con nerviosismo y al tercero empezó a emigrar hacia otra zona del vagón, desasosegadísimo, el pobre hombre. Y nosotras, nada, erre que erre, detrás de él con nuestro rollo montado, que ya era eso un pasón en el Metro, que la gente estaba toda nota, y una señora de al lado empezó a decir: «¡Jesús, Jesús, Jesús!», muy asustada ella, y se protegió la voluminosa tripa con el bolso, como si le fuéramos a meter mano, la muy burra. La cosa es que el invento funcionó de maravilla, que en la primera estación el tío se bajó a todo correr, y allí quedó con cara de asombro, viéndonos partir a través de la ventana, rascándose el culo dolorido como un desesperado, mientras nosotras nos despendolábamos de la risa. Luego llegué a casa, y en la cena dije a mis padres: «Hoy le he metido mano a un tío en el Metro. No estaba muy bueno, pero total, dada la carestía...» Y mi padre, el muy tonto, dijo que qué deslenguada, que patatin, que qué modos, que mira, mujer, en lo que estás convirtiendo a tu hija, y tonterías semejantes. Y lleno de furor paternal y santo, declaró que no quería verme cenar, en castigo. Claro, se tuvo que ir a la cama prontísimo el viejo, mientras yo rellenaba mi humilde panza.

